

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado
Primer curso
Historia

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado
Primer curso
Historia

Cerraron sus ojos

Gustavo Adolfo Bécquer

Cerraron sus ojos
que aún tenía abiertos,
taparon su cara
con un blanco lienzo,
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho;
y entre aquella sombra
veíase a intervalos
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,
y, a su albor primero,
con sus mil ruidos
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterio,
de luz y tinieblas,
yo pensé un momento:

—¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

De la casa, en hombros,
lleváronla al templo
y en una capilla
dejaron el féretro.
Allí rodearon
sus pálidos restos
de amarillas velas
y de paños negros.

Al dar de las Ánimas
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos,
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron,
y el santo recinto
quedose desierto.

De un reloj se oía
compasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba
que pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

De la alta campana
la lengua de hierro
le dio volteando
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila
formando el cortejo.

Del último asilo,
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho a un extremo.
Allí la acostaron,
tapiáronle luego,
y con un saludo
despidiose el duelo.

La piqueta al hombro
el sepulturero,
cantando entre dientes,
se perdió a lo lejos.

La noche se entraba,
el sol se había puesto:
perdido en las sombras
yo pensé un momento:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a veces me acuerdo.

Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco,
jacaso de frío
se hielan sus huesos...!

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es sin espíritu,
podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
algo que repugna
aunque es fuerza hacerlo,
el dejar tan tristes,
tan solos los muertos.

Tomado de <https://goo.gl/ogx5Wj> (15/02/2018)

Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870). Poeta español conocido por su libro *Rimas*. Su poesía transmite entusiasmo y emoción con un estilo sencillo.

Carabelas en Yucatán

Juan Carlos Miranda Ponce

Desde el Palacio Azul se conspira
contra el devenir del tiempo

—bajo la pirámide
el jaguar inserta sus colmillos
en la tabla bizárrica del universo—

el joven navegante
soñó que desafiaba
a los dioses míticos
del océano.

Columbus,
es hora de zarpar
antes que los marineros
se embriaguen.
Hoy es un magnífico día
para descubrir
el veneno emplumado
de su sangre
bajo el cielo
del último sacrificio.

Tomado de Miranda Ponce, J. (2012). *Refractario en Altamar*. Quito: Ministerio de Cultura.

Juan Carlos Miranda Ponce (1975). Poeta quiteño. Ha estudiado Lenguaje, Dramaturgia y Danza. Ha publicado *El poeta desenterrado*, *Los días sucios*, *Piedra negra-Piedra blanca*, entre otras obras.

Jornaleros

Miguel Hernández

Jornaleros que habéis cobrado en plomo
sufrimientos, trabajos y dineros,
cuerpos de sometido y alto lomo:
jornaleros.

Españoles que España habéis ganado
labrándola entre lluvias y entre soles.
Rabadanes del hambre y del arado:
españoles.

Esta España que, nunca satisfecha
de malograr la flor de la cizaña,
de una cosecha pasa a otra cosecha:
esta España.

Tomado de <https://goo.gl/S2GAQY> (19/03/2018)

Miguel Hernández (1910-1942). Poeta español, referente de la Generación del 27. Entre sus obras destacan *Perito en lunas*, *La nana de la cebolla*, *Cancionero y romancero de ausencias*.

Ante la ley

Franz Kafka

Ante la ley hay un guardián. Un campesino se presenta frente a este guardián, y solicita que le permita entrar en la Ley. Pero el guardián contesta que por ahora no puede dejarlo entrar. El hombre reflexiona y pregunta si más tarde lo dejarán entrar.
—Tal vez —dice el centinela—, pero no por ahora.

La puerta que da a la Ley está abierta, como de costumbre; cuando el guardián se hace a un lado, el hombre se inclina para espiar. El guardián lo ve, se sonríe y le dice:

—Si tu deseo es tan grande haz la prueba de entrar a pesar de mi prohibición. Pero recuerda que soy poderoso. Y solo soy el último de los guardianes. Entre salón y salón también hay guardianes, cada uno más poderoso que el otro. Ya el tercer guardián es tan terrible que no puedo mirarlo siquiera.

El campesino no había previsto estas dificultades; la Ley debería ser siempre accesible para todos, piensa, pero al fijarse en el guardián, con su abrigo de pieles, su nariz grande y aguileña, su barba negra de tártaro, rala y negra, decide que le conviene más esperar. El guardián le da un escabel y le permite sentarse a un costado de la puerta.

Allí espera días y años. Intenta infinitas veces entrar y fatiga al guardián con sus súplicas. Con frecuencia el guardián conversa brevemente con él, le hace preguntas sobre su país y sobre muchas otras cosas; pero son preguntas indiferentes, como las de los grandes señores, y, finalmente, siempre le repite que no puede dejarlo entrar.

El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para el viaje, sacrifica todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Este acepta todo, en efecto, pero le dice:

—Lo acepto para que no creas que has omitido ningún esfuerzo.

Durante esos largos años, el hombre observa casi continuamente al guardián: se olvida de los otros y le parece que este es el único obstáculo que lo separa de la Ley. Maldice su mala suerte, durante los primeros años audazmente y en voz alta; más tarde, a medida que envejece, solo murmura para sí. Retorna a la infancia, y como en su cuidadosa y larga contemplación del guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de piel, también suplica a las pulgas que lo ayuden y convengan al guardián. Finalmente,

su vista se debilita, y ya no sabe si realmente hay menos luz, o si solo lo engañan sus ojos. Pero en medio de la oscuridad distingue un resplandor, que surge inextinguible de la puerta de la Ley. Ya le queda poco tiempo de vida. Antes de morir, todas las experiencias de esos largos años se confunden en su mente en una sola pregunta, que hasta ahora no ha formulado. Hace señas al guardián para que se acerque, ya que el rigor de la muerte comienza a endurecer su cuerpo. El guardián se ve obligado a agacharse mucho para hablar con él, porque la disparidad de estaturas entre ambos ha aumentado bastante con el tiempo, para desmedro del campesino.

—¿Qué quieres saber ahora? —pregunta el guardián. Eres insaciable.

—Todos se esfuerzan por llegar a la Ley —dice el hombre—; ¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?

El guardián comprende que el hombre está por morir, y para que sus desfallecientes sentidos perciban sus palabras, le dice junto al oído con voz atronadora:

—Nadie podía pretenderlo porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla.

Tomado de <https://goo.gl/FJUE5u> (15/02/2018)

Franz Kafka (1883-1924). Escritor nacido en Praga, en el seno de una familia acomodada perteneciente a la minoría judía de lengua alemana.

Buscas en Roma a Roma

Francisco de Quevedo

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver es la que ostentó murallas,
y tumba de sí propio el Aventino.

Yace, donde reinaba Palatino;
y limadas del tiempo las medallas,
mas se muestran destrozado a las batallas
de las edades, que blasón latino.

Solo el Tíber quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya sepultura
la llora con funesto son doliente.

¡Oh Roma!, en tu grandeza, en tu hermosura
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

Tomado de <https://goo.gl/pi6rQi> (12/10/2017)

Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645). Escritor y poeta. Máximo representante del conceptismo barroco del Siglo de Oro. Su obra es una de las cumbres de las letras castellanas.

New York state of mind

Nach (Ignacio Fornés)

Floto entre números y gigantes de cristal
que nunca miran hacia abajo,
vuelo separando olores persuasivos y volátiles,
destapando los ojos agostados de quien vuelve del trabajo.

Me deslizo entre frases de notoriedad y estrés,
sin saber nunca si soy local o *Express*
o si solo soy otro loco sin un antes ni un después.

Me cuelo en escenas de películas clásicas
que en mi pantalla interior brotan,
bebo *celebrities* a cuentagotas,
pisando de puntillas la historia
a mi paso por el edificio Chrysler o el Dakota.

Respiro Manhattan, y a ratos saboreo Brooklyn.
Toco Harlem mientras veo Bronx,
y a lo lejos se oye Queens
mientras nazco y muero junto al *american dream*.

Camino,
y apasionado trago todas las culturas y las razas,
me abro paso entre idiomas que no se comparten,
entre vidas que se juntan como células
y que se separan con fáciles adioses.

Vigilo lo desconocido, adorándolo a la vez.
Viajo de China a Italia en cinco pasos,
de las pantallas de Times Square
a esquinas donde la chamusquina huele a dolor y fracaso.

Ciudad de azúcar, que come rápida y no sabe prohibir,
que anda cansada porque no quiere dormir,
ciudad inquieta, hace trucos de magia con música y piruetas,
que te abre los brazos y cuando te abraza
te caza y te aprieta.

Camino,
allí donde el laberinto nunca acaba,
donde el Tío Sam sueña con descansar sus alas,
donde el día a día se viste con corbatas y zapatillas
New Balance.

Allí donde todos lo intentan y pocos ganan,
donde despiertan las cuatro estaciones en una misma semana,
donde no hay paciencia
donde la compasión y la indiferencia son hermanas.

Tránsito eterno, mientras el humo confunde las almas perdidas
y el amarillo se traza fugaz en todas las avenidas.

Grito,
pero ¿quién me mira?
todos hablan solos, se besan, se desesperan, se deshacen,
pero están solos como yo.
Allí donde la paz le da un *burguer* con Coca-Cola,
y todo lo que hace falta es un sueño y un dólar,
donde la neurosis es rutina,
donde soledades se aglutinan,
donde los vientos de cambio asesinan.

Camino,
por el estado mental de Nueva York.

Tomado de Fornés, I. (2016). *Hambriento*. Editorial Planeta.

Ignacio Fornés (1974). Licenciado en Sociología por la Universidad de Alicante. Uno de los máximos exponentes españoles de *hip hop*, y uno de los mejores representantes de la vertiente más poética del género.

Olor a cacao

José de la Cuadra

El hombre hizo un gesto de asco. Después arrojó la buchada, sin reparar que añadía nuevas manchas al sucio mantel de la mesilla.

La muchacha se acercó, solícita, con el limpión en la mano.

—¿Taba caliente?

Se revolvió el hombre, fastidiado.

—El que está caliente soy yo, jajo! —replicó.

De seguida soltó a media voz una colección de palabrotas brutales.

—¿Y a esta porquería la llaman cacao? ¿A esta cosa intomable?

Mirábalo la sirvienta, azorada y silenciosa. Desde adentro, de pie tras el mostrador, la patrona expectante. Continuó el hombre:

—¡Y pensar que esta es la tierra del cacao! A tres horas de aquí ya hay huertas...

Expresó esto en un tono suave, nostálgico, casi dulce... y se quedó contemplando a la muchacha. Después, bruscamente se dirigió a ella otra vez.

—Yo no vivo en Guayaquil, ¿sabe? Yo vivo allá, allá... en las huertas...

Y agregó, absurdamente confidencial:

—He venido porque tengo un hijo enfermo, ¿sabe?, mordido de culebra... Lo dejé esta tarde en el hospital de niños... Se morirá, sin duda... Es la mala pata...

La muchacha estaba ahora más cerca, calladita, calladita, jugando con los vuelos del delantal. Quería decir:

Yo soy de allá, también; de allá... de las huertas...

Habría sonreído al decir esto; pero no lo decía. Lo pensaba, sí, vagamente. Y atormentaba los flequillos de randa con los dedos nerviosos.

Gritó la patrona:

—¡María! ¡Atiende al señor del reservado!

Era mentira. Solo una señal convenida de apresurarse era; porque no había señor ni había reservado. No había sino cuatro mesitas entre estas cuatro paredes, bajo la luz angustiosa de la lámpara de keroseno. Y, al fondo, el mostrador, bajo el cual las dos mujeres dormían apelotonadas, abrigándose la una con el cuerpo de la otra. Nada más. Se levantó el hombre para marcharse.

—¿Cuánto es?

La sirvienta aproximase más aún a él. Tal como estaba ahora, la patrona únicamente la veía de espaldas; no veía el accionar de sus manos nerviosas, lógicas.

—¿Cuánto es?

—Nada... nada...

¿Eh?

—Sí; no es nada... no cuesta nada... Como no le gustó...

Sonreía la muchacha mansamente, miserablemente; lo mismo que, a veces, suelen mirar los perros. Repitió musitando:

—Nada...

Suplicaba casi al hablar. El hombre rezongó, satisfecho:

—Ah, bueno...

Y salió.

Fue al mostrador la muchacha. Preguntó la patrona:

—¿Te dio propina?

—No; solo dos reales de la taza...

Extrajo del bolsillo del delantal las monedas que colocó sobre el zinc del mostrador. Ahí están. Se lamentó la mujer:

—No se puede vivir. Nadie da propina... No se puede vivir.

La muchacha no la escuchaba ya. Iba, deprisa, a atender a un cliente recién llegado. Andaba mecánicamente. Tenía en los ojos, obsesiva, la mirada de las huertas, el paisaje cerrado de las arboledas de cacao. Y le acalabraba el corazón un ruego para que Dios no permitiera la muerte del desconocido hijo de aquel hombre entrevistado.

Tomado de De la Cuadra, J. (1991). *Doce relatos. Los Sangurimas*. Quito: Libresa.

José de la Cuadra (1903-1941). Escritor ecuatoriano. Podría considerarse como el mejor exponente del realismo mágico del Ecuador, y el primero de Latinoamérica, en especial por sus obras sobre la vida del campesino costeño.

El Malo (fragmento)

Enrique Gil Gilbert

Duérmase niñoito,
duérmase por Dios;
duérmase niñoito
que allí viene el cuco
jahahá!

Y Leopoldo elevaba su destemplada voz meciéndose a todo vuelo en la hamaca, tratando de arrullar a su hermanito menor.

—¡Er moro!

Así lo llamaban porque hasta mui crecido había estado sin recibir las aguas bautismales.

—¡Er moro! Jesús, ¡qué malo ha de ser!

—Y Leopoldo elevaba su destemplada voz meciéndose a todo vuelo en la hamaca, tratando de arrullar a su hermano menor.

—¡Er moro! Jesús, ¡qué malo ha de ser!

—¿Y nuá venio tuavía la mala pájara a gritajle?
—Iz que cuando uno er moro la mala pájara pare...
—No: le saca los ojitos ar moro.

San José y la virgen
fueron a Belén
a adorar al niño
y a Jesús también.
María lavaba,
José tendía
los ricos pañales
que el niño tenía,
jahahá! jahahá!

Y seguía meciendo. El cuerpo medio torcido, más elevaba una pierna que otra, solo la más prolongada servía de palanca mecedora. En los labios un pedazo de nervio de res: el “rompe camisa”.

Más sucio y andrajoso que un mendigo, hacía exclamar a su madre: —¡Si ya nuai vida con este demonio! Ves: ¡si nuace un ratito que lo hei vestío y anda como un mes!
Pero él era imposible. Travieso y malcriado por instinto. Vivo; tal vez demasiado vivo. Sus pillerías eran porque sí. Porque se le antojaba hacerlo.

Ahora su papá y su mamá se habían ido al desmonte. Tenía que cocinar. Cuidar a su hermanito. Hacerlo dormir, y cuando ya esté dormido, ir llevando la comida a sus taitas. Y lo más probable era que recibiera su cueriza.

Sabía sin duda lo que le esperaba. Pero aunque ya el sol “estaba bastante paradito”, no se preocupaba de poner las ollas en el fogón. Tenía su cueriza segura. Pero, ¡bah!
¿Qué era jugar un ratito?... ¡Si le pegaban le dolería un ratito y... nada más! Con sobarse contra el suelo, sobre la yerba de la virgen...

Y viendo que el pequeño no se dormía se agachó; se agachó hasta casi tocarle la nariz contra la de él.

El bebé, espantado, saltó, agitó las manecitas. Hizo un gesto que lo afeaba y quiso llorar.

—¡Duérmete! —ordenó.

Pero el mui sinvergüenza en lugar de dormirse se puso a llorar.

—Vea ñañito: ¡duérmase que tengo que cocinar!

—Y empleaba todas las razones más convincentes que hallaba al alcance de su mentalidad infantil.

El mal bebé no hacía caso.

Recurrió, entonces, a los métodos violentos.

—¿No quieres dormirte? ¡Ahora verás!

Cogiólo por los hombritos y lo sacudió.

—¡Si no te duermes, verás!

Y más y más lo sacudía. Pero el bebé gritaba y gritaba sin dormirse.

—¡Agú! ¡Agú! Agú!

—Parece pito, de esos pitos que hacen con cacho e toro y ombligo de argarobo.

Y le parecía bonita la destemplada y nada simpática musiquita. ¡Vaya! Qué gracioso resultaba el muchachito, así, moradito, contrayendo los bracitos y las piernitas para llorar.

Si él hubiera tenido senos como su mamá, ya no lloraría el chico, pero... ¿Por qué no tendría él?...

...Y él sería cuando grande como su papá...

Iría...

—¡Agú! ¡Agú! ¡Agú!

Carambas si todavía lloraba su ñaño. Le bajó de la hamaca.

Tomado de Gil Gilbert, E. (1995). *El Malo*. Riobamba: Publicaciones Educativas "EDIP-CENTRO".

Enrique Gil Gilbert (1912-1973). Escritor ecuatoriano, cuentista, representante del realismo social y el miembro más joven del llamado Grupo de Guayaquil. Tuvo una intensa vida política.

